

## CENTRALISMO Y PERSONALISMO

Por

**Jorge A. Sanguinety**

Se dice que un sistema de gobierno está muy centralizado cuando una alta proporción de las decisiones que afectan al país se toman por un grupo relativamente pequeño de personas u organizaciones. Dicho grupo generalmente concentra una gran cantidad de poder político y económico y opera desde un centro o punto geográfico que suele estar en la capital del país. Un alto grado de centralización es equivalente a una gran asimetría en la distribución de los poderes, lo que significa que los que más poder tienen lo ejercen a expensas de la libertad de los que no lo tienen.

La centralización, sin embargo, tiene sus grados y formatos diversos. Por ejemplo, un país dado puede tener un sistema educativo público muy centralizado pero no su economía. La misma centralización del sector educativo puede que no sea tan fuerte cuando coexiste con un sistema de escuelas privadas. Por otro lado, hay funciones que requieren una cierta centralización como es el caso del manejo del sistema monetario de una nación, su aparato de defensa y su política macroeconómica. Cuando la centralización es muy elevada, como suele ser el caso de los países donde el estado lo maneja todo, las iniciativas descentralizadas se ven restringidas y estas sociedades acaban más tarde o temprano sufriendo de un estancamiento crónico o hasta de una regresión.

En el caso de Cuba, que debe ser tenido en cuenta por los ciudadanos de otros países latinoamericanos que se mueven hacia una alta concentración del poder, la centralización ha llegado a tal extremo que hay que estudiarla como un caso especial de anomalía de gobierno, o sea, la personalización como expresión máxima de la centralización. En Cuba, el poder que Fidel Castro ha logrado acumular en su persona es verdaderamente excepcional y tiene unas consecuencias que pasan desapercibidas para la mayor parte de los observadores externos, pero no así para los que laboran cerca del máximo líder, de hecho, el único líder.

Una de esas consecuencias es la reducción de la organización del país a un estado literalmente primitivo, prácticamente tribal, lo que conlleva a un atraso crónico en lo económico y a una dependencia ciudadana de los poderes del tirano para mantener el orden interno. Si no fuera porque el calendario nos recuerda que estamos en el Siglo XXI, que inevitablemente llegan a Cuba algunas muestras de que el mundo exterior siguió progresando después de la debacle republicana de 1959, y que los habitantes de la isla evolucionaron hasta calificar como homo sapiens, pudiéramos decir que la nación cubana, desde un punto de vista estrictamente orgánico, ha quedado esencialmente reducida a una gran tribu de homínidos. Los súbditos de los monarcas absolutos de los Siglos XV y XVI gozaban de más libertades que los pobres cubanos de hoy y esos

estados, aún con todos sus conflictos internos y externos, no se desmoronaban cada vez que había que cambiar de monarca.

Esto es precisamente lo que tiene preocupados a los colaboradores de Castro como por ejemplo su canciller (¿?) Pérez Roque. Por años, estos individuos han podido observar cómo el personalismo de Castro resuelve todos los conflictos internos además de tomar todas las decisiones verdaderamente importantes. Cualquier poder que otras personas tengan es otorgado o denegado por Castro. Sólo él tiene poder; ninguna otra persona es reconocida con un poder similar en Cuba. Y todos saben y temen que cuando él falte faltará también el elemento estructural más importante de la estabilidad del sistema.

Durante los últimos cuarenta y siete años los cómplices de Castro en la subyugación de Cuba han confiado en la capacidad del líder de mantener el orden interno. Ahora, sin embargo, cuando se aproxima “la hora de los mameyes” los mismos cómplices no parecen tener confianza en el futuro de un castrismo sin Castro, de un fidelismo sin Fidel. Es obvio que el personalismo, al haber eliminado toda forma de institucionalización centralizadora, no ha dejado mucho espacio para una sucesión asegurada, sin sofoco.

He ahí una parte del gran dilema al que se enfrenta Cuba actualmente. El personalismo impide que se discuta abiertamente una sucesión ordenada. Los propios cómplices del tirano, que están más preocupados por sus futuros personales que el del supuesto socialismo, son víctimas ahora de la falta de libertades que en sociedades más abiertas les permitirían debatir diversas alternativas de gobierno. Al no poderse discutir abiertamente, las posibilidades de sucesión tendrán que discutirse en grupos pequeños, de intereses posiblemente antagónicos porque dependerán de lealtades a ciertos individuos. Y todo esto conduciendo al país a una posible confrontación de consecuencias impredecibles.

En tal encrucijada, aparece la otra parte del gran dilema para Cuba. Si la sucesión no está asegurada porque hay varios grupos contendientes, ¿qué fuerza externa podrá ejercerse sobre los que ostentan el poder provisional en Cuba para mover al país hacia un cambio democrático? Yo opino que esa fuerza existiría si los cubanos libres, los que viven fuera de Cuba y los que representan las fuerzas de cambio en la isla, se concentran en lo que los une y se olvidan por el momento de lo que los separa para recabar de los países democráticos del mundo, con una sola voz muy alta, su apoyo decidido a la democracia en Cuba. ¿Serán capaces los cubanos de unirse por un momento en favor de la libertad que tanto dicen añorar?

Miami, Florida, 22 de febrero de 2006.